

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Negociado 3.º—Circular.

Por el Ministerio de la Gobernacion se ha comunicado á este de Gracia y Justicia con fecha 30 de agosto último la Real orden siguiente:

«Excmo. Sr.—El Sr. Ministro de la Gobernacion dice con esta fecha á los Gobernadores de las provincias lo que sigue.—Enterada la Reina (Q. D. G.) de una comunicacion remitida á este Ministerio por el de Gracia y Justicia en que el Reverendo Obispo de Almeria consulta si podrá conferir Ordenes sagradas á los jóvenes de 21 años que hayan sufrido á los 20 la suerte de soldado: Vista tambien una esposicion en que D. José Maria Lojo, ordenado *in sacris*, y quinto del actual reemplazo por el cupo de Boiro en la provincia de la Coruña, solicita que se le exceptúe del servicio de las armas: Visto el art. 9 de la Ordenanza de reemplazos de 2 de noviembre de 1837 por el cual se mandaba no comprender en el alistamiento á los ordenados *in sacris* de 22 años cumplidos antes del 30 de Abril del año á que pertenece el reemplazo: Visto el párrafo 4.º del art. 67 del proyecto de ley del Senado que rigió como ley de quintas desde 1850 hasta 1855, y segun el cual estaban aquellos exentos del servicio militar, aunque no interpusiesen recla-

macion al hacerse el llamamiento y declaracion de soldados: Visto el Real decreto de 15 de octubre último que deja sin efecto el de 1.º de abril de 1855 y reintegra á los Prelados Diocesanos en sus facultades ordinarias y canónicas: Vistos los arts. 32 y 43 del Concordato publicado como ley del Reino en 17 de octubre de 1851, para cuya observancia respecto al libre ejercicio de dichas facultades, es imprescindible restablecer desde luego aquella escepcion: Vista la ley de reemplazos vigente, la de la reserva fecha 31 de julio de 1855, y la Instruccion para llevarla á efecto, que guardan acerca de de dicha escepcion un completo silencio: Considerando que á fin de subsanar esta falta fué necesario expedir la Real orden circular de 6 de setiembre próximo pasado por la cual se declaró libres del servicio de la reserva á los ordenados *in sacris*, fundándose principalmente en que segun todas las leyes del Reino inclusa la de Milicias provinciales, están implícita ó explícitamente exentos del servicio militar. Y considerando por último que las mismas razones existen para hacer estensiva esta resolucion á los mozos incluidos en el sorteo para el reemplazo del ejército, S. M. de acuerdo con el dictámen de las secciones de Gracia y Justicia, Guerra y Gobernacion del Consejo Real, ha tenido á bien declarar exceptuados del servicio del ejército activo á los mozos ordenados *in sacris* aunque no hayan reclamado esta escepcion al hacerse el lla-

mamiento y la declaracion de soldados, siempre que ya la tuvieren el dia en que se celebre este acto, y disponer que á los jóvenes comprendidos en esta resolucion y que hayan sido llamados para cubrir el contingente del actual reemplazo, se les dé de baja en el ejército, llamándose para llenar las que en su consecuencia resulten en las filas á los suplentes á quien por su número corresponda.»

De Real orden, comunicada por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, lo traslado á V. S. para su conocimiento y con el objeto de que se sirva adoptar las providencias oportunas á fin de que no se abuse de esta concesion en perjuicio de los demás mozos alistados. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 7 de setiembre de 1857.—El Subsecretario, Fernando Alvarez.—Sr. Vicario Capitulár de Toledo.

PARTE NO OFICIAL.

CONFERENCIAS

PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS,
durante la última cuaresma,
POR EL P. FELIX, JESUITA.

(Continuacion.)

En efecto, el orgullo así comprendido en su nocion y esplidado en sus orígenes, el orgullo que empieza por la separacion de Dios, llega á ser el principio de toda decadencia del hombre. El principio y el origen de toda decadencia humana, es el mal que empieza en el hombre; porque así como el progreso moral es la marcha hácia el bien, la decadencia moral es la marcha hácia el mal.

Es necesario admitir estos datos ó renunciar á entender la doctrina del progreso.

El orgullo, y nada más que el orgullo, es el origen de todo mal moral, y á esta palabra de la sagrada Escritura: *el principio del orgullo es la separacion de Dios*, corresponde esta otra palabra escrita en la misma página, *el principio de*

todo pecado, es decir, de todo mal moral, es el orgullo.

Nada es más cierto, que el orgullo es el monstruo vivo que destruye todo progreso y engendra toda decadencia, puesto que la sagrada Escritura nos lo presenta como el fondo y la raiz de todo desorden humano y de todo mal moral. Si quereis seguir con una mirada atenta las *tendencias del orgullo en la vida humana, vereis que por todas partes choca con el verdadero progreso humano con un antagonismo radical.*

El orgullo tiene una tendencia anti-pática al progreso, la tendencia de estacionarse en sí, la tendencia de inmovilizarse. El primer resorte del progreso en el hombre, es la conviccion profunda de su necesidad de engrandecerse. Para alimentar la ambicion de subir, es necesario estar convencido de que uno no está en la cumbre, y para aspirar á la perfeccion, es necesario estar persuadido de que uno no es perfecto. La contemplacion humilde y severa de la propia imperfeccion, la confesion valerosa y sincera de la propia debilidad, tal es la primera condicion para elevarse realmente. El hombre que mide su nada con su propia mirada, abre delante de sí el horizonte del progreso, y cuando en su humildad magnánima se ha hecho á sí mismo esta confesion de su propia insuficiencia, entonces siente surgir de esa misma miseria que confiesa, la necesidad de buscar la perfeccion á que aspira. Por el contrario, el orgulloso se estaciona y estanca en sí mismo. ¿Qué falta á ese soberbio, á ese poderoso, á ese Dios? Nada. Cree haber conquistado la perfeccion; ¿por qué pensará en perfeccionarse? Cree haber conquistado la grandeza; ¿de dónde le vendrá la ambicion de engrandecerse? Se mira, y mirándose no encuentra nada que desear para sí. Se ama, se admira, se exalta, se adora á sí mismo como un Dios, cada dia tiende más á adorarse, porque todo hombre orgulloso, tiene hasta en su nada una aspiracion secreta hácia la divinidad. ¿Qué necesidad puede tener de buscar fuera de sí la infinitud de Dios, cuando ha puesto

la divinidad en sí mismo, y á sí mismo se ha hecho Dios? Ya lo veis, el orgulloso destruye en sí el resorte del progreso humano. No hay mas que una cosa que se ensancha y progresa con él todos los dias, la admiracion, el amor y la adoracion de sí mismo. Lo que está fuera de él, lo desdena; lo que está mas alto que él, lo niega; lo que está obligado á admitir, lo aborrece y aspira á destruirlo. Permaneciendo en sí mismo en una complacencia miserable y en una satisfaccion insensata, se para y se detiene, matando así en él mismo el principio del progreso. Yo me equivoco; él tiene necesidad de salir de sí mismo, pero habiendo perdido la ambicion de formarse una grandeza real interior, aspira por todas partes á formar en el exterior una grandeza facticia; y para obedecer á la necesidad que le impele, quizás soñará en buscar la grandeza en la degradacion misma. Miserable en su persona, pero rico en bienes de este mundo, desplegará alrededor de sí un lujo ridiculo, ostentará por donde quiera, creyendo engrandecerse mas, una pompa imbecil. Para aparecer mas grande que todos, se rodeará de criados, de pages, de lacayos, de coches, de libreas y de equipages, y se considerará el primer hombre del mundo, si á fuerza de gastos consigue encerrar en sus caballerizas el primer caballo de la tierra.

Pero el orgullo no se detiene aqui, ni se contenta con buscar en lo fútil y en lo vano, una grandeza insensata: ensaya adquirir una grandeza imposible en la misma perversidad; llega á hacer consistir su gloria grosera en no respetar nada, en no depender de nadie, en imponer sus caprichos como leyes soberanas, y aspira en fin, á avasallar toda regla, llegando á formarse costumbres dignas de él, costumbres aparte, las costumbres del orgullo, costumbres degradantes mas de lo que uno puede imaginarse, costumbres que imitan las costumbres de Satanás, consumando lejos de Dios todos los misterios del mal.

Si quereis comprender mejor el misterio de degradacion moral que encierra

el orgullo, observar sus costumbres. Las costumbres son la manifestacion del verdadero movimiento y de las verdaderas tendencias de la vida. Si quereis saber á donde va la vida, si á la grandeza ó á la bajeza, observad las costumbres que engendra. Si quereis saber qué es lo que hace el orgullo con el progreso del hombre, aprended á conocer las costumbres del orgulloso.

Las costumbres del orgullo son las grandes disipaciones de la codicia, yo os he puesto de manifiesto alguno de esos misterios en que la justicia perece con la caridad; pero tened entendido que no está sola la codicia en el fondo de esas orgias. La codicia es la que mata á la justicia; el orgullo, es el que empuja á la codicia.

A fuerza de orgullo, es como un rico de ayer, sueña hoy especulaciones que deben elevarle mañana, por encima de una multitud de ruinas, á las mas altas cumbres del mundo del dinero. Como el orgullo es el que produce las mayores extravagancias de la codicia, el orgullo es tambien el que prepara sus mayores catástrofes. En un vértigo de orgullo mas bien que en un ensueño de codicia, compromete un hombre en un cambio; en una probabilidad, y algunas veces en una simple posibilidad, la ruina de los demas ó su propia fortuna. Las bancarrotas premeditadas, que preparan á tantas familias desastres llenos á la vez de tristeza y desesperacion, son casi siempre hijas del orgullo. La impaciencia de un trabajo productivo y seguro, pero humilde y sin estrépito; y la ambicion soberbia de salir de su condicion para conquistar en pocos dias el prestigio del millon y la aristocracia del oro, mas que la posesion de bienes y de goces, esplican los grandes desórdenes de la codicia contemporánea.

Las costumbres del orgullo son las grandes voluptuosidades, ignominias de la carne que no tienen nombre en nuestra lengua, ó que tienen nombre que nuestros labios no podrian pronunciar sin contaminarse con manchas; nombres, que la castidad de vuestras almas no podria oír sin concebir legítimas alármias.

Cualquiera que sea la razon profunda, cualquiera que sea la última palabra de ese misterio de la vida humana, es un hecho de observacion universal, que las grandes caidas del espíritu ocasionan las grandes caidas de la carne, y que los supremos orgullos engendran en los hombres supremas deshonestidades. No hay que admirarse de esto. Entre el orgullo y la voluptuosidad, hay una alianza íntima, hay relaciones profundas. El orgullo es como una voluptuosidad del espíritu, y la voluptuosidad es como un orgullo de los sentidos. Es un mismo movimiento que lleva la vida. Asi es, que cuando el orgulloso deteniéndose en si mismo, renuncia á reclamar para el perfeccionamiento de su alma su grandeza legitima, se vuelve hácia su cuerpo, y persuadido de que á todo tiene derecho, pide á este esclavo del espíritu, agote para saciarse todo el poder de la carne. Luego cuando se os diga. «Ved ahí una gran caida, ella es obra del orgullo, pero de un orgullo austero, de un orgullo casto,» no lo creais; como Babilonia, todo gran orgullo va señalado con el signo de la bestia. La corona de la castidad, la mas gloriosa porque es la mas difícil de llevar, cae de la cabeza de los soberbios, y solo se sostiene en la frente de los humildes.

Las costumbres del orgullo son todas las grandes pasiones estériles para el bien, fecundas para el mal, impotentes para crear, poderosas para destruir. Todas las pasiones marcadas con su sello, son los crímenes que asombran, los atentados que aterrorizan, las monstruosidades, y si asi puede decirse, las obras maestras del mal llegando á fuerza de perversion hasta la cumbre mas elevada: y como carácter que distingue al orgullo y le hace reconocer á todos en medio de sus crímenes y de sus vergüenzas; se ve al hombre que se eleva en toda su altura, para hacer de sus crímenes un espectáculo del universo, al hombre que en un vértigo de orgullo toma su bajeza misma como pedestal de su grandeza, que pide aplausos á los pueblos que le maldicen, y que aun en el acto de caer bajo el anatema de la

humanidad, se esfuerza, para volverse á levantar como Satanás bajo el rayo de Dios.

Ved ahí las costumbres del orgullo. ¿Y qué no podria yo deciros ahora, si quisiera hacer os su historia? ¿Por qué huellas sangrientas, por qué desastres espantosos no se descubren en la historia, los vestigios de los pasos del orgullo?

La historia del orgullo seria la historia del mundo, pero Dios, señores, permite sobre la tierra sucesos que la resumen en un hecho y la personifican en un hombre. La historia del orgullo, es la historia de un hombre que dice, no solamente como los soberbios de Babel. «Levantemos una torre cuya cima llegue al cielo y que difunda por todo el universo la celebridad de nuestro nombre» sino que dijo tambien en un delirio de orgullo mucho mas satánico «*Celebremus nomen nostrum*» «hagamos célebre nuestro nombre; si somos impotentes para conquistar la celebridad del bien, asaltemos la celebridad del mal. Cometamos un crimen que consterne á toda la tierra y asombre al infierno mismo, vamos á buscar la victima lo mas cerca de Dios que sea posible, hiram os tan fuerte y tan alto, que toda la tierra lo vea y que todas las generaciones lo oigan: que nuestro nombre cubierto con una sangre ilustre y siempre infame, vaya de edad en edad y de siglo en siglo, llevando el sello de una celebridad que ni el tiempo ni la eternidad puedan destruir.» ¡Ah! señores, en vano me esfuerzo por dar aquí á la manifestacion de la verdad un carácter indeterminado; á pesar mio, vuestro pensamiento determina, vuestra memoria evoca, vuestra imaginacion os pinta y creo que vuestros labios se abren, para nombrar conmigo al hombre á quien el orgullo ha precipitado desde lo que hay de mas alto, la dignidad sacerdotal, á lo que hay de mas bajo, el asesinato satánico; al sacerdote sacrificando al Pontífice en el templo de Dios y consternando dos veces al pueblo, ya con la desgracia de su Pontífice, ya con el atentado de su sacerdote. ¡Ángel caido que vino á escribir allí, sobre el

pavimento del templo con la punta de un puñal y con la sangre de un Pontífice, todo lo que puede el orgullo para labrar la depravación de un hombre!

II.

Después de haberos mostrado que el orgullo es la suprema decadencia moral del hombre, fácil me es haceros comprender que el orgullo, por medio de esa decadencia humana, arrastra á todas las decadencias.

Aquí señores, tenemos que recorrer un camino dilatado, pero marcharemos con rapidez imitando al viajero que no pudiendo detenerse, ve á la derecha y á la izquierda de su camino aberturas profundas que se propone volver á visitar mas despacio.

Pasemos como en revista y con una mirada rápida, todos los progresos que aspiramos á realizar, y vereis que todos reciben heridas mortales, de ese mismo orgullo que mata al progreso moral.

Con el orgullo ¿qué progresos hareis? ¿serán progresos en la ciencia? No, señores; porque el orgullo es el golpe mas mortal con que puede ser herida la verdadera ciencia.

La primera condicion para avanzar en lo verdadero y progresar en lo científico, es reconocer que se sabe poco ó que no se sabe nada. Todo el que quiera llegar á ser un verdadero sabio, debe confesar antes que no puede comprenderlo todo, y reconocer que no puede saberlo todo. El mayor triunfo del sabio, es fijar el limite en que se detiene la vision de su propio pensamiento. Esto es lo que el orgullo no quiere comprender. Aspira á comprenderlo todo, aspira á saberlo todo, y por lo mismo no puede comprender y es incapaz de saber.

Este vértigo del orgullo es el que en el siglo último precipitó á la filosofía en los abismos del absurdo. Por todas partes la filosofía escribió sobre su bandera. *No creer sin comprender*, y el genio estraviado por el orgullo, reunió todas sus fuerzas para hacer la guerra á lo incom-

preensible. Nunca una locura semejante cupo en la cabeza de los sabios. Todo lo que no se dejaba ver, tocar, abarcar, en una palabra, comprender todo entero, todo debia caer por los golpes de la nueva ciencia. Desde entonces ¿qué es lo que debia quedar de pié? ¿qué es lo que podria ser comprendido todo entero en el criador y aun en la criatura? Se dice que sabeis un poco de todo; quizás; pero permitid que os diga con Pascal. *No sabeis el todo de nada.*

Así ante esa pretension del orgullo, como era de esperar, se vieron bien pronto amontonadas ruinas de toda clase en el imperio de las inteligencias. El cristianismo debia conmoverse con sus misterios incomprensibles, lo sobrenatural debia desaparecer con sus horizontes, donde la vista del hombre es impotente por sí sola para mirar. Dios mismo debia ser desvanecido, porque Dios es por esencia el ser incomprensible, porque Dios es lo infinito, y comprender lo infinito con una inteligencia finita, no es otra cosa que la contradicción misma.

La ciencia misma del hombre y de la naturaleza, iba á ser contaminada tambien con un vértigo inmenso. Esa ciencia pretendia desechar por todas partes como errores las verdades incomprensibles, porque ¡cosa notable! el orgullo del espíritu, que rechaza lo incomprensible, engendra como su fruto natural, la insurrección contra la verdad, la fuga de la verdad, la supresión de la verdad, y por consiguiente la marcha por lo falso y la decadencia del verdadero saber. De tal manera es el orgullo, que todo lo quiere hacer salir de él mismo. Lo que no sale de él mismo, lo considera como enemigo suyo y con rabia aspira á destruirlo. La filosofía que enarbola contra lo incomprensible la bandera de sus guerras insensatas, no es, bien considerada, mas que un vándalo instruido, que reduce á ruinas el imperio de la ciencia; empresa tan degradante como soberbia, que prepara á la filosofía derrotas solemnes y represalias humillantes. Efectivamente; á Dios place vengar tarde ó temprano con

humillaciones dignas, esos delirios de la ciencia orgullosa que no cree mas que en sí misma. Vendrá un dia en que esos escépticos ilustres, den el espectáculo de una credulidad que acredite con estrépito la debilidad de los espíritus. Esos génios orgullosos que por todas partes hacen guerra á lo incomprendible, se encuentran á su vez asaltados por lo incomprendible, hasta en las trincheras de su ignorancia. El demonio, se rie al hallar en su escuela, y dóciles á sus revelaciones, incrédulos atrevidos que niegan con resolución la existencia de los espíritus, sin mas razon que la de que ellos nunca han encontrado espíritus en toda su vida. Entonces los que se creen demasiado sabios para recibir la verdad de boca de los órganos vivos de la verdad, piden á los muertos la solución de los problemas de la vida. Los que así desprecian las demostraciones de los doctores y de los padres de la Iglesia, suplican á los nigrománticos les demuestren en visiones la verdad cristiana; entonces los que no escuchan ya la palabra de la verdad, ni las enseñanzas de Dios, hacen lo que dice San Pablo, «escuchan atentós á los espíritus del error, se someten á las enseñanzas de los demonios.»

Señores, si este fuera mi objeto, yo os diría con los teólogos y los concilios *Non licet*, no es permitido. Yo me contentaré con deciros, que eso no es decente, que eso no es digno de un siglo de progreso, que eso es sobre todo soberanamente humillante, por no decir eminentemente ridiculo, para la ciencia orgullosa que niega lo impalpable y rechaza lo incomprendible.

¿Qué progresos hareis con el orgullo? ¿hareis progresos en las ciencias? ¿hareis progresos en las letras? No, señores; porque del mismo modo que el orgullo inspira el odio á la verdad, inspira al mismo tiempo desden de la verdadera belleza. El orgullo en las artes y las letras, tiene por efecto casi inevitable propender á trastornar lo ideal y á suprimir las reglas. Asi como no quiere reglas para su pensamiento, tampoco las quiere para la es-

presion del pensamiento. Como quiere hacer que toda verdad salga de él, quiere que toda belleza esté hecha á imagen suya, porque cree que él es lo bello; cree que no hay belleza en el arte, ni belleza en las letras, ni belleza en nada mas que lo que lleva el reflejo de su ser y el sello de su personalidad. Asi, en vez de salir de sí, y de fijarse en lo universal para juzgar ó realizar lo bello, se retira dentro de sí y se fija en lo individual, en lo particular, en lo personal. En ese círculo estrecho en que encierra consigo mismo al arte y á la literatura, encuentra que todo es bello, pero que mas allá de ese limite no hay belleza, porque mas allá de ese limite no está él.

De ahí nacen en los hombres de génio esas aberraciones literarias, que no son mas que el contrapeso de las aberraciones del alma creadas por orgullos desmedidos. Regla general: el orgulloso que escribe, el orgulloso que hace un libro, está convencido de la superioridad de su estilo, le parece que escribe como nadie ha escrito jamas antes que él, sus defectos son bellezas, que le embriagan tanto mas, cuanto mas contrastan con el lenguaje que habla alrededor de él el vulgo de los hombres. Como en los dias de la decadencia literaria, su pensamiento se viste, para mejor parecer, con ornatos superfluos. No pudiendo llamar la atencion por las ideas, asombra por las palabras.

De esta misma causa procede tambien en la literatura, la preocupacion de la personalidad. Bajo el imperio del orgullo y en la exaltacion progresiva del *Yo*, la necesidad de ocuparse de sí y de mendigar adoraciones á todo precio, ha hecho nacer una literatura que parece propia de nuestro tiempo, y que podria llamarse la *literatura personal ó el personalismo* en las letras. Literatura *egoista*, en que el *Yo* se ostenta al principio, al medio y al fin. Cuando un autor de nuestros dias quiere escribir, aunque le falte la idea y la materia, le queda aun que tratar un asunto lleno de interés para él, y escribe de sí mismo, haciendo su mejor libro,

el libro de su vida. Pasion estraña que impele por la violacion de las mas simples conveniencias, á decirse á si mismo de si mismo, lo que hasta delicado seria permitir que otro lo dijera; pasion estraña que quita á la literatura el perfume que se respira en las obras maestras creadas por el genio y la humildad, quiero decir, ese sentimiento esquisito de la conveniencia que nace de la desconfianza de si, unida al respeto de los demas; pasion la mas fatal para la literatura y para la elocuencia, en las que el olvido de si mismo es la primera condicion para realizar la belleza....

¿Qué progresos haréis con el orgullo? ¿serán progresos sociales? No, señores; porque el orgullo produce, con el aborrecimiento á la autoridad, tres cosas igualmente antisociales. ¿Cuáles son? En primer lugar la insurreccion contra toda superioridad. El orgulloso, en todo y por todo, quiere ser el primero, y el que quiere ser el primero, á nadie quiere tener por superior. El odio á la superioridad es la esencia misma del orgullo. De ahí proviene la dificultad de gobernar en sociedades entregadas al dominio del orgullo, porque el orgullo hace ingobernables á los pueblos, á las familias y á los individuos. Ese mismo principio es el que impide al hijo obedecer á los padres, á la muger obedecer á su marido, al criado obedecer á su amo y á los pueblos obedecer al poder. El orgullo es en todas partes el mismo, insurreccion contra la superioridad.

Impaciente se muestra tambien el orgullo en favor de toda igualdad, pero es el golpe mortal dado á la fraternidad. Sola la humildad cristiana puede producir en las almas un amor sincero de la igualdad fraternal. Esta es la razon, porque es necesario aspirar á descender, para querer sinceramente que haya igualdad. No siendo así, mentiras y solamente mentiras son las proclamaciones de la igualdad y las predicaciones de la fraternidad. Toda proclamacion de la igualdad fuera del cristianismo, ó no significa nada ó signi-

fica una insurreccion contra la superioridad. ¿Veis ese demagogo anticristiano que va por el mundo predicando igualdad y fraternidad? ¿Creeis que es un hermano que busca iguales? No; de ninguna manera; es un soberano que busca súbditos. El orgullo, siempre en insurreccion contra la superioridad é impaciente por la igualdad, es sobre todo opresor de la inferioridad. La suprema alegría del orgullo, es hacer sentir al inferior el peso de la dominacion; se diria que goza tanto mas con la dicha de mandar, cuanto sufre menos la necesidad de obedecer. He aquí porque todo orgulloso es incapaz de gobernar hombres. En el estado, en la familia y en el taller, el orgulloso produce lo que sale de él mismo, lo que está en él mismo, esto es, la tiranía; así hace de un Rey un déspota, de un marido un déspota, de un amo un déspota: así lleva la opresion por todas partes.....

¿Qué progresos haréis con el orgullo? ¿En esa decadencia de la ciencia, de las letras y de la sociedad, quedará al menos un progreso para consuelo de tantas decadencias? Aquí oigo al siglo que grita. Si; nos quedará un progreso; y este progreso es equivalente á todos; *el progreso en la materia*, el globo terrestre perfeccionado por el génio del hombre, y llegando á ser para el hombre un paraíso un cielo. Perecerán todos los demás progresos, pero este no se nos escapará—¿Estais bien seguros de ello? ¿Creeis que ese orgullo que ha destruido todos los demás progresos, respetará á vuestro progreso material? No, y mil veces nó; porque el orgullo es el que hace desviar de su ruta al progreso material, como el convoy de un ferro-carril que se desvia del rail para arrojarnos al abismo. ¿No es ese orgullo el que dice á los hombres, que viven en este tiempo sin Dios sobre la tierra: «Andad, andad siempre, producid, producid mas aun; *seréis como dioses, gozaréis hasta el infinito.*» Delirio absurdo é impío, que haria perecer á la humanidad misma bajo el edificio de ese progreso que constituye con sus manos, si la humanidad no viniera á

defenderle contra los peligros con que la amenaza ese orgullo de la vida.

¿Sabeis lo que es el progreso material, creado y gobernado por el orgullo? ¿queréis que os lo muestre con una imagen viva y brillante? Pues oid. Un gran potentado se paseaba un dia por su córte, contemplaba las plataformas, los jardines suspendidos, las soberbias torres, todas aquellas magnificencias que se desplegaban á su vista, y su corazon se hinchaba, y su alma exaltada de orgullo, decia: «Esta es la gran Babilonia que yo he construido en la plenitud de mi fuerza y en el esplendor de mi gloria.» Despues vino una voz del cielo que decia «¡Oh rey! escucha lo que te anuncio; tu reino va á pasar, arrojado serás de la sociedad de los hombres, habitarás con las bestias de la tierra, y como el bucy pastarás la yerba de los campos.» Y Nabucodonosor cayó; y cayó desde los esplendores de Babilonia hasta la abyeccion de la bestia. Ved ahí marcado con rasgos materiales el progreso que os promete el orgullo, exaltándose á si mismo en ese moderno edificio del progreso material, construido por sus manos. ¿No somos nosotros, dice el orgullo de este siglo, los que hemos hecho milagros? ¿Cuán pequeños eran nuestros padres! Ellos eran pigmeos, nosotros somos gigantes; ellos apenas eran hombres, nosotros somos como dioses; ¿quién podrá resistirnos? ¿quién nos impedirá que lleguemos hasta lo infinito? ¿Quién? Yo os lo diré; el orgullo mismo. ¡Oh gigantes de nuestra raza! ¡Oh dioses de nuestra moderna historia! ¡Oh reyes del progreso material! ¡estad alerta con vuestro orgullo! Si no buscáis en la humildad cristiana el secreto de llegar á un progreso verdadero, escuchad esta prediccion terrible. El reino de la materia, el único que vosotros ambicionais, se escapará de vuestras manos, y el progreso material huirá tambien lejos de vosotros. Y caeréis de los esplendores de ese soberbio reinado por bajo de la misma humanidad, y no solamente no sereis dioses, sino que no sereis, ni aun hombres.....!

(Se continuará.)

ANUNCIO.

TOLEDO EN LA MANO,

ó descripcion histórico-artística

DE

LA MAGNÍFICA CATEDRAL

y de los demás célebres monumentos y cosas notables que encierra esta famosa ciudad, antigua córte de España: con una esplicacion sucinta de la misa y oficio que se titula Muzárabe, y de las mas principales ceremonias que se practican en las funciones y solemnidades religiosas de la Santa Iglesia Primada.

POR DON SISTO RAMON PARRO.

La obra constará de dos tomos en octavo, marca francesa, con papel superior y carácter de letra igual á la del prospecto, haciéndose la publicacion por cuadernos de *ciento sesenta páginas* cada uno, de manera que toda ella venga á completarse en siete ú ocho entregas, acompañándose cubiertas de color, portadas é índices para cada tomo, y al fin del segundo se añadirá la lista de los señores suscritores.

El precio de cada cuaderno de *diez pliegos* ó sean *ciento sesenta páginas*, será para los suscritores *cuatro reales* anticipados, de modo que al verificar la suscripcion se pagará la entrega primera, al recibir esta se satisfará la segunda y así sucesivamente; en su consecuencia vendrá á salir la obra completa á los señores suscritores por unos *treinta á treinta y dos reales*.

SE HA PUBLICADO EL PRIMER CUADERNO, y se publicará en este mes el segundo. Se advierte á quien desee suscribirse que con la publicacion del primer cuaderno ha quedado cerrada la suscripcion á toda la obra por solos los *24 rs.*, segun se anunció en los prospectos y en este periódico: así, pues, solo podrán verificar la suscripcion por entregas del modo arriba citado.

Se suscribe en esta ciudad en las librerías de Fando, calle Ancha, núm. 34, y de Hernandez, Cuatro-Calles.

En Madrid, en la de D. Eusebio Aguado, calle de Pontejos, y en el almacén de papel y libros de Don Victoriano Hernando, calle del Arenal.

En Talavera de la Reina, en la de Sanchez Castro.

TOLEDO.

IMPRENTA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,

CALLE ANCHA NUM. 34.